

Ana María Bermúdez

C.CI.128.442.250

La danza en el tiempo: configurando las comunidades en torno al arte.

Dir: Cra 23 #53d-60 INT 103. San Luis, Bogotá D.C.

Tel: 301 312 1936

e-mail: anacoretah@gmail.com

Comunicadora audiovisual, bailarina desde hace más de 20 años, con formación como intérprete y coreógrafa principalmente en ritmos tradicionales colombianos. Amante de las letras y de la danza como elemento artístico primordial en una sociedad sin memoria y sin pertenencia.

La danza, como expresión artística, es la fusión de mente y cuerpo en un mismo lenguaje. Junto a la música, es una de las formas expresivas más antiguas y de mayor consumo; especialmente gracias a su poder comunicativo, que no está basado en la verbalización, sino en la corporalidad para narrar.

La danza evoluciona con las sociedades, y las expresiones más antiguas coexisten con las más modernas, configurando a su alrededor nuevos lenguajes, fortaleciendo las comunidades existentes y creando nuevos nichos en torno a su creación e interpretación.

Según García (1997): “La danza es una actividad humana; *universal* porque se extiende a lo largo de toda la Historia de la Humanidad, a través de todo el planeta, se contempla en *ambos sexos* y se extiende a lo largo de *todas las edades*; *motora*, porque utiliza el cuerpo humano a través de técnicas corporales específicas para expresar ideas, emociones y sentimientos siendo condicionada por una estructura rítmica; *polimórfica*, porque se presenta de múltiples formas pudiendo ser clasificadas en ; arcaicas, clásicas, modernas, populares y popularizadas; *polivalente*, porque tiene diferentes dimensiones: el arte, la

educación, el ocio y la terapia; *compleja*, porque conjuga e interrelaciona varios factores: biológicos, psicológicos, sociológicos, históricos, estéticos, morales, políticos, técnicos, geográficos y además porque conjuga la expresión y la técnica y es simultáneamente una actividad individual y de grupo, colectiva. (p.17).”

Como arte universal y atemporal, vemos que la danza ha tenido distintas connotaciones a lo largo de la historia moderna. Adorar dioses, honrar ancestros o crear magia: el cuerpo y su musicalidad se convierten en herramientas poderosas para conectar en distintas dimensiones: consigo mismos, con los otros o con seres superiores. La danza como elemento religioso, ha sido parte importante de ritos sin distinción de creencias, razas o localización geográfica; se convierte en un elemento común en todas las sociedades.

Como parte de los rituales de transición podemos encontrar expresiones de la danza en culturas como la antigua egipcia, griega, y en las tribus alrededor del globo; en todas ellas, la semiótica del movimiento cobra valor especial al ser parte del lenguaje no verbal que va más allá. En Japón, se utilizaba la danza en las plantaciones de arroz para agilizar el trabajo y hacerlo de manera más armoniosa.

Ahora bien, la danza, como es un lenguaje complejo, también es cambiante, y tiene un profundo efecto en la forma en que se configuran las comunidades y se relacionan en temas estéticos, políticos, geográficos. Es una expresión de individualidad y al mismo tiempo, una expresión de construcción y memoria colectivas, jugando un papel vital dentro del fortalecimiento de los lazos sociales.

Por tanto, en el ámbito individual, la danza sin duda juega un papel determinante a la hora de generar cambios significativos en la forma en la que el individuo se relaciona consigo mismo y con su entorno. Elementos como la disciplina, el respeto, la tolerancia a la diferencia y el culto al cuerpo como herramienta principal, son actitudes que desarrolla un bailarín durante el estudio de la danza. En la calidad interpretativa de la danza, y en este caso como ejemplo específico, de la interpretación de las danzas tradicionales propias de un territorio, bailarín, coreógrafo y músico se perciben de una manera diferente en su entorno; cobrando un nuevo sentido en ellos aquello que los define como pertenecientes a un mismo

espacio, y en torno a esto, su percepción como elementos de construcción histórica.

En una sociedad como la nuestra, en la que el sentido de pertenencia es un concepto difuso y débil en el imaginario colectivo, la interpretación de la danza se convierte en una suerte de resistencia civil ante el olvido, y aún más que su mera interpretación, su estudio a profundidad se configura como elemento transformador.

Colombia, poseedora de una riqueza cultural incalculable, se convierte en el escenario perfecto en el que las artes cobran una importancia vital en el desarrollo de las nuevas generaciones, que buscan desesperadamente construir su identidad en medio de conflicto y olvido. En medio de los escenarios marginales y en los que cubrir las necesidades básicas es en una lucha permanente, artistas que ahora se consagran en grandes escenarios internacionales han encontrado en la danza, una ventana al mundo. Compañías merecedoras de premios a nivel mundial, bailarines que hacen parte de los grandes elencos, y una cultura dancística que toca cada rincón del mundo, dan cuenta del grandísimo poder que tiene el arte para transformar realidades, y sobre todo, para transformar vidas.

El cuerpo, el ritmo, la coordinación y el movimiento se convierten en las armas con la que hay un nuevo ejército que reescribe las líneas de la guerra de un país que no conoce más que esto durante la última mitad del siglo.

Un país sin memoria, se levanta para danzar y recordar su riqueza, su poder y su historia, y en medio de marimbas, tiples y tamboras; se empiezan a desarrollar nuevos espacios de expresión y reconstrucción. La historia se narra a través del sonido, del movimiento y empieza a cobrar nuevos significados a través de tiempo.

En el proceso de reconstrucción en el que se encuentra nuestro país, y ad portas del posacuerdo, es necesaria una evaluación de nuestra historia, para así descubrir y empoderarnos del poder transformador del arte en esta etapa de transición.